

CAPÍTULO IV

1847-1848

Operaciones militares en el sur de la Península.—Los indios atacan por dos veces á Ichmul, y acaban por sitiár aquella población.—D. Miguel Bolio la defiende heroicamente, pero al fin se ve obligado á abandonarla.—Reúnesele en Peto D. Eugenio Rosado, que había sido enviado en su auxilio.—Medidas de D. Santiago Méndez para reprimir la insurrección indígena.—Los amigos políticos de Barbachano procuran atraer á los indios á su partido.—Política que con este motivo desarrollan en el Sur.—Sus desastrosas consecuencias.—Derrota de Oonotchel.—Situación á que se ve reducido en Peto D. Eulogio Rosado.—Desocupa esta villa y se retira con su guarnición á Tekax.—Siguen avanzando los indios, y comienzan á destruir los alrededores de aquella ciudad.—Se adopta el sistema de guerrillas para combatirlos.—Barbachano es nombrado por el gobierno para conferenciar con los bárbaros, y se traslada á Tekax con una Comisión eclesiástica autorizada por el obispo.

En la época á que ha llegado nuestra historia, la insurrección indígena comenzaba á avanzar casi simultáneamente por los partidos de Peto, Sotuta y Valladolid. Vamos á consignar en capítulos separados los sucesos ocurridos en cada uno de estos tres partidos, con el objeto de hacer más inteligible nuestra narración. Comencemos por el primero.

El comandante D. Miguel Bolio, que, según dijimos en el capítulo anterior, había salido de Valladolid con una fuerza respetable para volver al partido de Peto, llegó á Ichmul en los primeros días de diciembre, después de haber sostenido rudos combates con los sublevados, que le atacaron varias veces en su tránsito. Ocupóse desde luego de preparar una expedición que debía marchar á Tihosuco;

—(61)—

pero vinieron á impedirla los mismos indios, atacándole el día 5 en su campamento. Cargaron con impetu en distintas direcciones, y aun intentaron levantar atrinchamientos á tres cuadras de la plaza. Pero la guarnición se defendió con valor, y los agresores huyeron precipitadamente á las pocas horas, dejando regado de cadáveres el campo de batalla. La satisfacción del vencedor hubiera sido completa, si no se hubiese visto rodeado de heridos, para cuya curación no había médico, ni botiquín, ni vendas, ni recurso de ninguna especie (1).

Los indios no escarmentaron, sin embargo, con esta derrota, y al día siguiente volvieron á presentarse, anunciándose con alaridos que atronaban el espacio y con las llamas que surgían de las casas que incendiaban. Las fuerzas de la plaza salieron á batirlos á la una de la tarde, y aunque encontraron al enemigo parapetado tras un gran número de trincheras que habían levantado durante el día, volvieron á conseguir un completo triunfo sobre él, ahuyentándole hasta media legua de la población (2). En muchos días no volvieron á presentarse los sublevados, y esta circunstancia permitió al Sr. Bolio desprender de su campamento una columna de ciento cincuenta hombres, que puso al mando del oficial D. Víctor García, con el objeto de que reconociese los pueblos de Kancabchén, Tituc, Polyuc y Chunhuhub, que carecían de guarnición. García recogió algún fruto de esta expedición; porque habiendo avanzado hasta Sacalaca, se le presentaron varios indios, manifestándole que no querían seguir tomando participio en la guerra, y con ellos dió la vuelta á su campamento (3).

Por halagüeño que hubiese podido parecer este resultado, los sublevados, cuyo número aumentaba de día en día,

(1) Parte oficial de Bolio, publicado en el número 4 de *La Unión*.

(2) Número 5 del mismo periódico.

(3) Periódico citado, número 7.

se presentaron el 19 por tercera vez en Ichmul, y como la gritería con que se anunciaban, según costumbre, se oía en todas direcciones, la guarnición comprendió que se intentaba sitiaria. Don Miguel Bolio destacó inmediatamente de la plaza tres guerrillas que salieron á contener á los agresores; pero éstos, cuyo número llegaba á seis mil, las hostigaron de tal manera, que al cabo de dos horas les habían ya hecho cuarenta muertos y setenta y cinco heridos. El peligro era inminente, y el mismo coronel Bolio y su segundo el capitán Baqueiro se pusieron al frente de nuevas fuerzas para salir á atacar á los sublevados en las posiciones que estaban tomando. Todo fué inútil. Los indios colocaron sus atrincheramientos donde mejor les convino, y cuando el sol desapareció del horizonte, el sitio de Ichmul estaba completamente cerrado.

Al día siguiente, las fuerzas del gobierno, que apenas habían descansado de la fatiga anterior con un sueño intranquilo, hicieron algunos esfuerzos heroicos para desalojar á los indios de sus posiciones. Pero todos fueron inútiles, así en aquel día como en los siguientes. Los sublevados, en vez de cejar, fueron aproximando paulatinamente sus trincheras hasta colocarlas á treinta varas de la línea de defensa, y á medida que avanzaban iban incendiando las casas de la población, que era entonces una de las más extensas de la Península. Este sistema de ataque, y la circunstancia de haber sido abandonado el pueblo por muchos de sus antiguos vecinos, agotó muy pronto los recursos de la guarnición, que se vió en peligro de perecer de hambre. Un convoy de víveres que se pidió á Peto para conjurar este riesgo, no pudo entrar en la plaza sitiada y aprovechó sólo á los agresores.

Luego que el gobierno tuvo noticia de la crítica situación en que se encontraba D. Miguel Bolio, ordenó que marchase á socorrerle una fuerza de 800 hombres, que al mando de D. Eulogio Rosado había venido á Mérida con

motivo del último movimiento de Cetina. El Sr. Rosado emprendió violentamente su marcha, no por el camino ordinario de la Sierra, sino por Sotuta, cuyo partido tenía orden de reconocer, porque había sido invadido ya por los indios. Este itinerario perjudicó á los defensores de Ichmul, porque aquél se vió en la necesidad de detenerse en Tiholop, donde fué sitiado por los sublevados. Pero se defendió con valor, y al fin obligó á huir á los agresores, haciéndoles algunos prisioneros. Estos fueron puestos en libertad el mismo día, con la esperanza, que no se realizó ciertamente, de que la generosidad del vencedor influyese en el ánimo de los rebeldes (4).

Cuando este suceso se verificó, D. Miguel Bolio había tomado ya una resolución extrema. El 24 de diciembre, cuando estaban próximas á agotarse las provisiones de boca; cuando cien heridos clamaban en el hospital, sin un médico que los asistiese; cuando, en fin, sólo quedaba á la guarnición el parque necesario para abrirse paso entre los sitiadores, el jefe de la plaza se vió en la necesidad de ordenar su desocupación. Esta se verificó en las primeras horas de la noche, saliendo los soldados sanos custodiando á los heridos y á las trescientas familias blancas que no habían querido hasta entonces abandonar su hogar. Esta larga caravana llegó á Peto á las dos de la tarde del día siguiente, después de haber contemplado en su tránsito el incendio á que Ichmul fué condenado por los indios, en pena de su resistencia. Don Eulogio Rosado tuvo noticia de este suceso durante su marcha, y también se dirigió á Peto, adonde llegó el 26, venciendo todos los obstáculos que amontonaron á su paso los sublevados.

Mientras se verificaban estos acontecimientos en el sur

(4) *La Unión*, número 10.—Esta conducta generosa no fué, sin embargo, imitada en todas partes, porque casi al mismo tiempo eran ejecutados en Mérida treinta y siete indios de los que habían cometido excesos más punibles en Tepich, en Ekpeo y en el partido de Valladolid.

de la Península, el gobierno hacía varios esfuerzos para reorganizar la administración pública y preparar algunos elementos de defensa. El primer cuidado de D. Santiago Méndez, luego que la sumisión de Cetina puso fin á la revolución, fué el de convocar al Congreso á sesiones extraordinarias. Esta Asamblea se reunió el 20 de diciembre, y diez días después expidió un decreto en que, para subvenir á los gastos que demandaba la guerra de bárbaros, impuso una contribución especial á los propietarios, á los capitalistas, á los profesores de ciencias y artes, á los curas y sus ministros, á los empleados y, en fin, á todos aquellos que gozasen de alguna garantía ó sueldo que no bajase de treinta pesos mensuales. La Legislatura expidió en seguida algunas otras leyes, entre las cuales se hallaba una amnistía concedida á los reos del último motín, y al fin se disolvió el 18 de enero, después de investir al Ejecutivo de facultades extraordinarias.

Don Santiago Méndez hizo uso de estas facultades con toda la energía que demandaba la gravedad de las circunstancias. Llamó á las armas á todos los habitantes del Estado; dió reglas claras y precisas para la formación de batallones, de compañías y de piquetes; ordenó que ningún blanco pudiese separarse del pueblo de su vecindad durante la sublevación indígena; concedió premios y recompensas á los que se señalasen en la campaña, y decretó varias penas contra los desertores, los conspiradores y los ladrones en cuadrilla. También llamó á las armas á los indios que no quisiesen hacer causa común con su raza; eximió de todo impuesto durante su vida á los que prestasen este servicio; abolió la contribución religiosa para todos, y, por último, decretó una amnistía amplia y generosa en favor de todos los sublevados que depusieran su actitud hostil (5).

(5) Colección, de AZNAR, tomo III, página 177 y siguientes, hasta la 194.

Además de todas estas medidas, D. Santiago Méndez procuró también dar parte en la administración pública á los amigos más influyentes de D. Miguel Barbachano, con el objeto de hacer cesar la desunión que estaba dando pábulo á la guerra social y ocasionando la ruina del Estado. En ninguna parte era más conveniente desarrollar este plan que en aquella región del Sur, donde dominaba Jacinto Pat, conocido por barbachanista antes de la sublevación. Don Santiago Méndez lo comprendió así, y comunicó en este sentido sus órdenes á D. Eulogio Rosado, quien se hizo cargo de todas las fuerzas que se reunieron en Peto desde el 26 de diciembre en que llegó á aquella población.

Este jefe, cumpliendo con las instrucciones que tenía, llamó al lado suyo á los barbachanistas, y especialmente se empeñó en halagar á D. Felipe Rosado, pariente suyo, que tenía una gran influencia en aquel partido. Residía éste ordinariamente en un rancho de su propiedad, llamado Sacsucil, y habiendo venido á Peto á instancias de D. Eulogio, fué invitado de orden del gobierno á hacerse cargo de la jefatura política y de la comandancia de la Guardia nacional de aquel partido. Don Felipe aceptó el segundo destino, pero no el primero, con gran sentimiento de su pariente, que hubiera deseado que aceptase los dos, con el objeto de que el público viera que era un hecho la unión de los barbachanistas y mendistas, y se consagraran todos á la defensa común contra los bárbaros. Pero esto era precisamente lo que no quería D. Felipe, á quien ninguna consideración debía bastar para hacerle prescindir de sus afecciones personales hacia Barbachano.

Su nombramiento de coronel del batallón de Peto bastó, sin embargo, para alcanzar momentáneamente algunos de los frutos que se había prometido el gobierno; porque muchos de los desertores por causas políticas se presentaron entonces, viniendo á aumentar así el número de los defensores de la población. Don Eulogio Rosado llegó á

tener de esta manera mil seiscientos hombres bajo sus órdenes; y haciéndose la ilusión de que con ellos podría recobrar á Ichmul y hasta á Tihosuco, comenzó á hacer sus preparativos para esta expedición. Pero los indios no le dieron tiempo para realizar su proyecto; porque saliendo repentinamente de su cuartel general de Tihosuco, asolaron y destruyeron algunas poblaciones del partido, después de asesinar á varios de sus habitantes, y acabaron por fijarse en Donotchel, que sólo dista cuatro leguas de Peto. Don Eulogio Rosado se propuso recobrar inmediatamente este pueblo, haciendo salir de su campamento dos secciones, una de las cuales fué puesta bajo las órdenes del ayudante D. Angelino Gaudiano, y la otra á las del capitán del Ligero D. Diego Ongay. Ambas fuerzas emprendieron su marcha en la madrugada del 21 de enero, llevando caminos diferentes, con el objeto de atacar en direcciones opuestas al enemigo. Pero habiéndose detenido la de Ongay á media legua de Peto, la de Gaudiano se vió en la necesidad de retroceder, á pesar de que llegó á Donotchel y se estuvo batiendo tres horas con los sublevados (6).

Don Eulogio Rosado, que se había hecho algunas ilusiones sobre esta expedición, no perdió, sin embargo, toda esperanza, porque las fuerzas que tenía á sus órdenes eran bastante numerosas para garantizar la seguridad de su campamento de Peto, el cual había sido convenientemente fortificado. Pero con gran sorpresa suya, al día siguiente del fracaso de Donotchel desaparecieron de la villa D. Felipe Rosado y un gran número de sus amigos, juntamente con los soldados del batallón, que acababa de ser reorganizado. Quiso saber el origen de esta desertión, y entonces supo que su pariente D. Felipe había convocado en la noche anterior una junta de barbachanistas, en la que, después de haberse asegurado que los indios no tenían otro plan

(6) Periódico oficial citado, número 17.

que el de restituir á D. Miguel Barbachano al poder, todos los concurrentes habían acordado retirar su apoyo al gobierno, dejándole abandonado á sus propios esfuerzos.

Había precedido á este conciliábulo un suceso que consta en los documentos oficiales de la época, y que explica suficientemente el partido que acababan de adoptar D. Felipe Rosado y sus parciales. Habiéndose esparcido el rumor de que circulaban algunos emisarios de los sublevados en los pueblos de Hocabá, Seyé y Hochtún, el jefe político sacó de Mérida una compañía de caballería voluntaria, la cual volvió pocos días después trayendo algunos prisioneros, no indios, sino blancos, acusados de hallarse en connivencia con Jacinto Pat. Sujetóseles á una causa, y en seguida fué aprehendido D. José Dolores Cetina, en cuyo nombre y en el de Barbachano se decía que se habían entablado relaciones con el jefe de los rebeldes. El Sr. Barbachano, que era presidente del Consejo en aquella época, expidió un manifiesto en que se vindicaba de esta acusación, y en cuanto al Sr. Cetina y los demás presos, fueron puestos en libertad á fines de enero, cuyo hecho explicó el periódico oficial de la manera siguiente: «Por los datos que hasta ahora hemos podido recoger, resulta en sustancia que, hallándose amenazados inminentemente Yaxcabá y Sotuta por los indios, y sabiéndose con verdad ó sin ella que los bárbaros aclamaban en Ichmul al Sr. D. Miguel Barbachano y á D. José D. Cetina, algunas personas de los citados pueblos trataron de interesar al segundo, por medio de D. Domingo Bacelis, para que entrase en relaciones con los indios, á fin de ver si se detenían y no atacaban aquellas poblaciones» (7). La verdad era, sin embargo, que los barbachanistas habían comenzado á desarrollar el plan de que hablamos en el capítulo anterior, y si el gobierno fingía no comprenderlo así, era porque esperaba que su le-

(7) *La Unión, ubi supra.*